

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 163 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 2013



El impacto de las Siete Tesis

Francisco Zapata

Una estrategia para estudiar la complejidad y un ejemplo que seguir

Cynthia Hewitt de Alcántara

Rodolfo Stavenhagen en la UNAM

José Luis Reyna

Dos miradas gélidas

Sergio Aguayo

Apuntes sobre la creación del CES y sus primeros años

Claudio Stern

México al descubierto: seis décadas de sociología

Rodolfo Stavenhagen

Algo sobre libros

Martha Elena Venier

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

estudios de
**ASIA
y
ÁFRICA**
152

VOL. XLVIII SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 2013 NÚMERO 3

*Cambios después de Pol Pot
y la construcción de una nueva stupa*
*Buda histórico y Buda legendario. Tradiciones
biográficas de Siddhartha Gautama*

*Las mujeres de Hamas:
¿silencio subalterno o voz participativa?*

*Los atributos del pastor en la imagen
de la realeza egipcia. Aportes para
su comprensión en época temprana*

*La República de Mauricio y la superación
de los obstáculos al desarrollo económico*

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL COLEGIO DE MÉXICO

Publicaciones



ESTUDIOS
ECONÓMICOS

VOLUMEN 28 NÚMERO 1 ENERO-JUNIO DE 2013

55
Artículos

*Movilidad de ingreso y trampas de pobreza: nueva
evidencia para los países del Cono Sur*
RODRIGO JAIMÉ MATÍAS BRUM, ANDRÉS DEAN,
MARTÍN LEITES Y GONZALO SALAS

*Matriz de probabilidad de transición de microcréditos:
el caso de una microfinanciera mexicana*
VERÓNICA P. RODRÍGUEZ VÁZQUEZ Y JAPIET
HERNÁNDEZ VAQUERO

*Principales determinantes en las decisiones de política
monetaria de México: un análisis econométrico*
ISELA E. TELLEZ LEÓN Y FRANCISCO VENEGAS MARTÍNEZ

*Incidencia económica de las políticas fiscal
y laboral mexicanas*
CLAUDIA SÁNCHEZ VELAZ Y JORGEN V. VALERO GIL

The Flypaper Effect in Mexican Local Governments
LAURA SOBR

EL COLEGIO DE MÉXICO
<http://estudioseconomicos.colmex.mx/>

NUEVA REVISTA DE
FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO LX JULIO-DICIEMBRE 2012 NÚM. 2

CENTRO DE ESTUDIOS
LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS
EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA
MEXICANA

VOLUMEN LXIII NÚMERO 1 JULIO-SEPTIEMBRE 2013

249

EL COLEGIO DE MÉXICO

ESTUDIOS
DEMOGRÁFICOS
Y URBANOS

82

EL COLEGIO DE MÉXICO

FORO
INTERNACIONAL

VOL. LIII JULIO-DICIEMBRE, 2013 NÚMS. 3-4

213-214

*Homenaje a Gerardo García y a Rodolfo Aguilar (Homenaje
Institucional. La publicación en el centenario de Felipe Labrador)*

Las Compañías de Jesús
La política exterior de Calles en algodon y algodón
Revolución Mexicana y Estados Unidos
Historia de la política exterior de México

**Diecinueve investigadores
analizan la política exterior
del sexenio de Felipe Calderón**

Mario Paol
México ante Medio Oriente
Eliza Guzmán
La política exterior de México hacia África

José Guzmán
La legitimación de la política exterior de Calderón

Alfonso López
La "necesidad" de la reforma electoral

Alfonso López
Política exterior y derechos humanos

Alfonso López
Política exterior y derechos humanos

Alfonso López
La política exterior de México

Alfonso López
La política exterior de México

Alfonso López
La cooperación internacional para el desarrollo

Alfonso López
La diplomacia cultural de México

Alfonso López
México como potencia media en la política mundial

Alfonso López
El comercio exterior de México

EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx

estudios
DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Vol. XXXI, núm. 91, enero-abril, 2013

María Luisa Tarrés
A propósito de la categoría género: leer a Joan Scott

Marcelo Bergman
Delito patrimonial e inserción laboral en México

Ilika Tremilino Sánchez
*Las reformas a la elección presidencial en
América Latina*

Maria Cristina Bayón
*Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de
las dimensiones culturales*

Nicolás Santiago Dallorso
*La teoría del capital humano en la visión del Banco
Mundial sobre las Transferencias Monetarias
Condicionadas*

Silvana Aparecida Mariano
*Estrategias de los sonarios de la asistencia social:
una lectura relacional en torno de las relaciones de
poder*

30 años
CES 40

Í N D I C E

El impacto de las Siete Tesis
■ *Francisco Zapata* ■ 3

Una estrategia para estudiar la complejidad
y un ejemplo que seguir
■ *Cynthia Hewitt de Alcántara* ■ 7

Rodolfo Stavenhagen en la UNAM
■ *José Luis Reyna* ■ 11

Dos miradas gélidas
■ *Sergio Aguayo* ■ 17

Apuntes sobre la creación
del CES y sus primeros años
■ *Claudio Stern* ■ 19

México al descubierto:
seis décadas de sociología
■ *Rodolfo Stavenhagen* ■ 23

Algo sobre libros
■ *Martha Elena Venier* ■ 31

Portada: Rodolfo Stavenhagen en El Colegio de México

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 163 MAYO-JUNIO DE 2013

Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



El impacto de las Siete Tesis²

El 7 de junio de 1965, Rodolfo Stavenhagen publicó un famoso artículo titulado “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”. Las Siete Tesis demuestran algo que frecuentemente se pone en duda: cuál es la capacidad predictiva de las ciencias sociales. Pues, en efecto, su argumentación, situada a mediados de la década de los sesenta, puede ser considerada como premonitoria de la situación actual de América Latina.

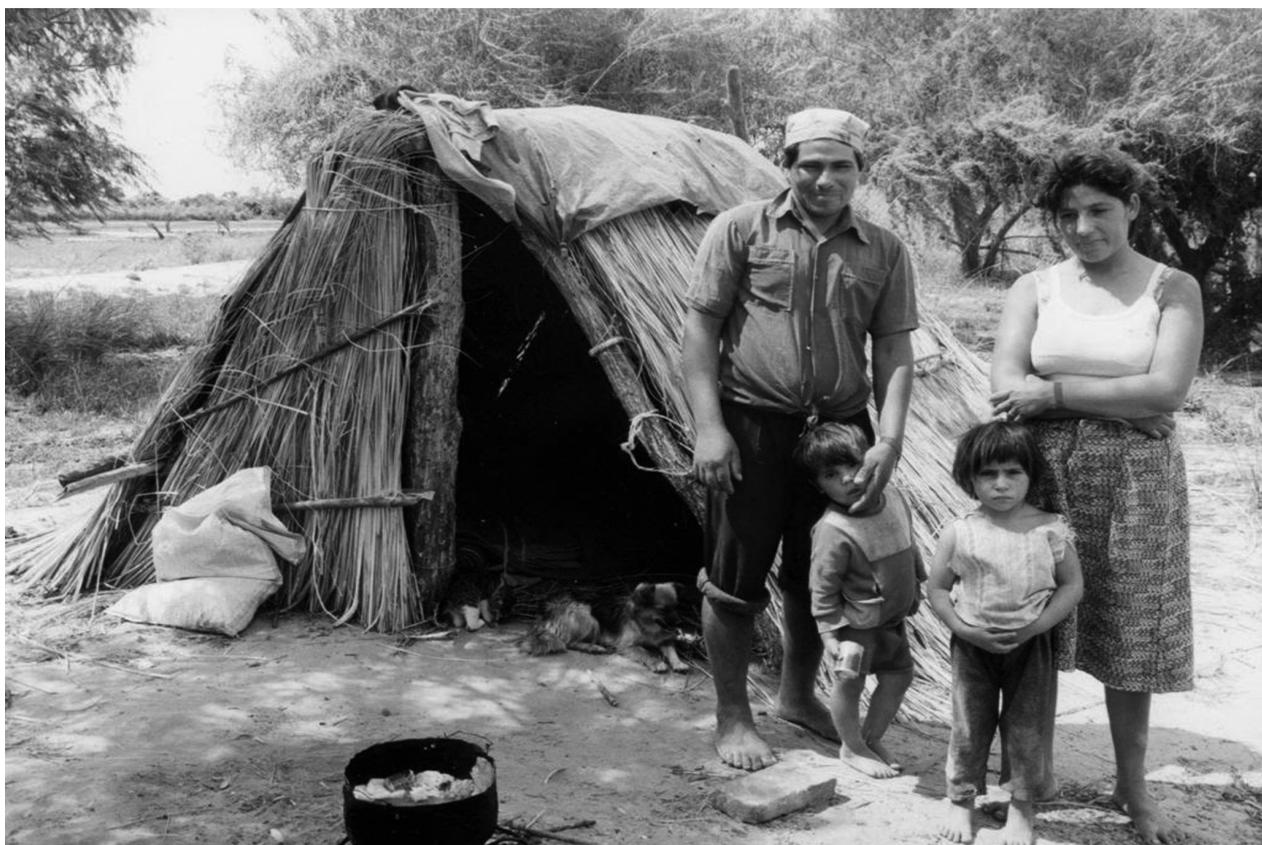
Entre muchos de sus méritos, las Siete Tesis fueron un cuestionamiento radical de las propuestas de la Alianza para el Progreso y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para enfrentar el desafío político e ideológico que el triunfo de la Revolución Cubana tuvo en América Latina. También representaron una refutación frontal a las teorías propuestas por desarrollistas y modernizadores así como una desmistificación de la pretendida racionalidad de esas teorías, y en particular con respecto de las posibilidades que determinados tipos de políticas e inversiones podían tener en el contexto latinoamericano. Asimismo, pusieron en duda el “salto a la mo-

dernidad” por la vía del “desarrollismo” que estaba implícito en las políticas de la Alianza para el Progreso o por el BID. Finalmente, ayudaron a clarificar del debate que hizo reflexionar a muchos sobre las implicaciones de la política que dichos organismos pretendían llevar a cabo.

Sin embargo, considero que las Siete Tesis no son solo un diagnóstico certero de nuestra región en 1965, sino que tuvieron una capacidad predictiva que hoy debe valorarse. En efecto, después de casi medio siglo, podemos constatar que los niveles de pobreza de la población no se han reducido, que la ruptura del modelo de industrialización por sustitución de importaciones fue seguida por una inserción en los mercados internacionales cuyos efectos sobre las economías nacionales fueron marginales, que las “burguesías nacionales” se aliaron con los capitales extranjeros y perdieron autonomía en las decisiones de inversión, que las empresas estatales fueron privatizadas o declaradas en quiebra, lo cual cerró el período de la industrialización por sustitución de importaciones, y que después de 1982, inicio de la “década perdida” (1982-1990), los países latinoamericanos no consiguieron diversificar sus economías ni desprenderse del carácter monoprodutor de muchas de ellas, proceso que fue favorecido por

¹ Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

² Este texto y los cuatro que siguen se leyeron en el Homenaje a Rodolfo Stavenhagen con motivo del 40° aniversario del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, 16-IV-2013.



la articulación creciente entre el auge de la demanda por productos primarios y las necesidades de un país como China.

Por todo ello, el diagnóstico de las Siete Tesis apuntó a los desequilibrios, a la pobreza, a la indigencia, a la concentración del ingreso y a la incapacidad de los grupos dominantes para distribuir la riqueza en forma más equitativa, y sobre todo hacia el costo social del proceso de desarrollo acaecido en América Latina, y demostró que los actores subordinados eran y son demasiado débiles para poder modificar la dirección que el capitalismo internacional impuso a nuestras economías.

Quién diría que un sociólogo pudiera haber anticipado esos escenarios. Pues bien: Rodolfo Stavenhagen, en 1965, construyó una reflexión situada teóricamente en diálogo con las categorías marxistas, pero sin que ellas se transformaran en límites para el análisis de los problemas estudiados. No es solo la relevancia teórica de los cuestionamientos que realizan las Siete

Tesis por lo que este texto debe ser estudiado, sino porque sus planteamientos trascienden el momento en que fueron formuladas y difundidas. En efecto, sus argumentos superaron la prueba del tiempo y son hoy tan pertinentes como lo fueron hace más de medio siglo. Pareciera como si hubieran sido escritas hoy. Cada una de las tesis puede ser confirmada en la actualidad. Sin que ellas hayan sido planteadas como definitivas, podemos afirmar que son válidas hoy como lo fueron en su época.

Las estructuras económicas, sociales y políticas de nuestras sociedades han profundizado el colonialismo interno. La fragmentación y articulación subordinada de grandes segmentos de nuestros pueblos se disfrazan con la supuesta globalización, que asume la dinámica económica del continente y que se postula como habiéndolas atenuado por no decir suprimido.

La difusión del industrialismo se concentra en menos y menos personas. Los indicadores

que se refieren a la acumulación de riqueza, a los niveles de desempleo abierto y de informalización de la fuerza de trabajo, a la feminización de la pobreza, a la concentración del ingreso, a la precarización de las condiciones de empleo, al deterioro de los servicios educacionales y sanitarios, a la vulnerabilidad de la vida en las ciudades cada vez más expuestas a condiciones de seguridad personal endeblas para no decir inexistentes, indican que solo una quinta parte de la población del continente puede acceder al empleo formal, a la educación y a los servicios de salud pública y de seguridad.

Con una población total que se acerca a los 600 millones de personas, no más de 100 millones pueden vivir más allá de la simple sobrevivencia. Las remuneraciones medias reales no han hecho sino deteriorarse, en particular después de 1982, inicio de la puesta en marcha del modelo de la transnacionalización del mercado interno.

En cuanto al lugar de las zonas rurales en la estructura económica de los países latinoamericanos (tema de la 3ª Tesis), éstas están en vías de desaparición como lugares de actividad económica. Nos alimentamos de productos importados y exportamos muchos alimentos. En este ámbito, la contradicción del modelo de la transnacionalización del mercado interno es flagrante.

Las nuevas generaciones de personas nacidas en el campo integran las masas de migrantes que se dirigen a otros países para trabajar. Mexicanos, guatemaltecos, hondureños, salvadoreños, nicaragüenses, peruanos, ecuatorianos y bolivianos toman la decisión de migrar a Estados Unidos, España o incluso a Chile para trabajar paradójicamente, en el sector agrícola.

Las empresas transnacionales controlan la producción de automóviles y vehículos de transporte, la generación y distribución de la electricidad así como la extracción de gas, la distribución del agua, la administración de carreteras, las actividades financieras y bancarias, las tele-



comunicaciones, la distribución de productos alimenticios, de ropa y de todo lo que es necesario para la vida cotidiana para no mencionar sino aquellas más visibles en el panorama económico latinoamericano.

Las clases medias, supuestamente nacionalistas, progresistas, emprendedoras y dinámicas se han transformado en agentes totalmente subordinados a las decisiones que toman las transnacionales respecto de empleo y remuneraciones. Sus imaginarios están profundamente colonizados por el *american way of life*.

Lo más grave es que, en los países que sufrieron la dominación de los regímenes militares, como fue el caso de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, tristemente fueron las clases medias las que les sirvieron de base de sustentación. Creyeron haber encontrado en los militares una protección frente a las supuestas amenazas de los grupos populares. El apoyo de las clases medias al advenimiento de los regímenes militares entre 1964 y 1976 dio lugar a una derechización



profunda que confirmó el cuestionamiento que Stavenhagen había hecho de su nacionalismo, progresismo, emprendimiento y dinamismo.

En cuanto al papel del mestizaje en el proceso de integración nacional, es necesario reconocer la vigencia de la 6ª Tesis y observar que, en vez de que el mestizaje haya contribuido a dar mayor cohesión a nuestras sociedades, éstas están en vías de desintegración, económica, social y políticamente.

En consecuencia, las poblaciones indígenas están cada vez más marginadas y excluidas dentro de las formaciones sociales latinoamericanas, a pesar de que demográficamente tienen un peso significativo, como ocurre en Ecuador, México o Perú, siendo Bolivia la excepción por el éxito que tuvieron los aymaras, quechuas y otras etnias en recuperar, desde 2003 en adelante, un sentido de pertenencia al territorio, al sistema político y a la sociedad que las vio nacer, e incluso en modificar el marco constitucional para establecer una república pluriétnica.

Por último, la idea de que las alianzas entre campesinos y obreros podía dar lugar a trans-

formaciones radicales de los sistemas de dominación vigente se hace casi inverosímil para las condiciones imperantes actualmente. Si bien ya se podía desmentir esa posibilidad en 1965, hoy en día tanto campesinos como obreros pueden considerarse actores sociales en vías de desaparición. Las identidades se han transformado a tal punto que es imposible que se reconozcan como campesinos y obreros. Al contrario, la fuente de las identidades se acerca hoy al espacio urbano, a su naturaleza de pobladores o, en casos como el de los indígenas, con aspectos culturales.

Por ello cabe referirse más a la conformación de sectores populares en proceso de consolidación, donde los orígenes, rurales o urbanos, profesionales o territoriales, se ordenan casi en forma arqueológica, donde cada capa de la conciencia puede operar circunstancialmente, sin que tenga una homogeneidad como la que pudo asumir la conciencia obrera o la conciencia campesina en otras épocas.

Por todos estos antecedentes, Rodolfo Stavenhagen demostró fehacientemente que la sociología crítica tiene plena capacidad predictiva. 

Una estrategia para estudiar la complejidad y un ejemplo que seguir

Rodolfo Stavenhagen nos inspira con sus ideas, nos hace pensar. Sus contribuciones teóricas a la sociología del desarrollo y a los debates antropológicos sobre el significado de la etnicidad son tan conocidas que no me extenderé más sobre ellas. Pero lo que sí quiero destacar es la sencillez y belleza con que estas ideas se presentan, reflejo siempre de una gran honestidad intelectual. Recuerdo bien la primera ocasión que tuve para constatar este hecho. Stavenhagen llegó a la universidad de Cornell, en Nueva York, en 1966 para participar en varios seminarios y para impartir una conferencia con el título “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”. Yo era una asistente de investigación en Cornell en aquel entonces, y junto con muchos otros estudiantes asistí a esa reunión. Fue uno de los eventos más sobresalientes del año. No pocos entre nosotros salimos de allí convencidos de que tendríamos que pensar de otra manera la problemática del desarrollo en América Latina, y hasta la fecha no hemos dejado de estar desconfiados de un sinnúmero de lugares comunes que se emplean en países del Norte para descri-

bir las muy variadas situaciones que imperan en países específicos del Sur.

Además, Stavenhagen nos inspiró entonces y nos inspira ahora con la amplitud de su visión del mundo. Su conocimiento de las distintas sociedades y culturas del planeta es notable —tan notable como su interés en descifrar, a través de estudios comparativos, los elementos comunes de la experiencia humana. Casi desde el inicio de su carrera, Rodolfo ha empleado una estrategia eficaz para asegurar que se tome en cuenta la complejidad de las sociedades humanas: ha sido un notable creador de redes. Redes multidisciplinarias, redes internacionales, redes de investigadores (sean académicos o no) que tienen algo que aportar en el análisis de ciertos temas. Ya hacia fines de los años cincuenta formaba redes de colegas latinoamericanos que debatían la naturaleza del fenómeno de la dependencia. Y para principios de los sesenta involucraba a expertos latinoamericanos, norteamericanos y europeos en un diálogo sobre el fenómeno de la participación campesina en las sociedades nacionales. De allí salió su libro, de consulta básica, sobre *Problemas agrarios y movimientos campesinos en América Latina*. Después y también sustentándose en el trabajo de equipos multidisciplinarios, dirigió el segmento sociológico

¹ Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



del gran estudio del Centro de Investigaciones Agrarias sobre la *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*. Durante los tres años que duró esa investigación, basada en trabajo de campo intensivo en seis regiones de México, se construyó un cuadro sumamente valioso, rico en detalles, en el que se exploró la problemática de vida de diferentes estratos de la población rural a pocas décadas de instaurada la reforma agraria en este país.

El estudio del Centro de Investigaciones Agrarias, así como otros estudios sobre temas rurales que debieron su inspiración a Stavenhagen, destacó el lugar central que ha ocupado el sector campesino —compuesto de pequeños y medianos productores familiares— en la vida política, económica y social de la nación. Los predios campesinos han abastecido una parte muy importante de los alimentos requeridos por una población nacional en crecimiento, así como una gran proporción de los productos agrícolas de exportación. Esta apor-

tación solía hacerse en el pasado, y frecuentemente se hace ahora, bajo condiciones de explotación en que los campesinos no reciben una remuneración justa por su trabajo ni por su producto. Pero cuando estos cultivadores pueden contar con el apoyo adecuado —crédito oportuno y a buen precio, asistencia técnica y canales apropiados de comercialización para sus cosechas— son tan competitivos, o más, que las grandes empresas agrícolas.

Rodolfo nunca ha subestimado las enormes dificultades que enfrentan las familias campesinas al defender sus recursos, sus comunidades y su estilo de vida. Por eso ha promovido esfuerzos importantes para entender ejemplos de reforma agraria y modelos de desarrollo rural en diferentes partes del mundo, poniendo énfasis siempre en el papel protagónico de los propios pequeños productores agrícolas. La pasividad campesina es un mito que Stavenhagen ha hecho mucho por desmentir. De hecho, la historia mundial está repleta de ejemplos de grandes movilizaciones de la gente del campo, movilizaciones que cambiaron el curso de naciones enteras (como en el caso de la Revolución Mexicana). También, en un nivel menos dramático pero no menos importante, hay innumerables ejemplos de organización rural —iniciativas en que los pequeños productores se han asociado para aumentar su poder de negociación y mejorar sus condiciones de producción. Y por supuesto, los pequeños productores en gran parte del mundo participan en organizaciones gremiales, de defensa de sus intereses, cuyo campo de acción se extiende desde el nivel regional o estatal hasta ámbitos nacionales e internacionales. Al impartir cursos y conferencias sobre temas relacionados con la vida rural, Stavenhagen ha alentado tanto a sus estudiantes como a sus colegas a estudiar ejemplos de protagonismo campesino de este tipo y a explicar las estrategias empleadas por los grupos (sean estos grandes consorcios o arcaicos intereses latifundistas o comerciales) que se benefician cuando los pequeños productores se debilitan y se desorganizan.



Por supuesto, Rodolfo ha tenido un papel igualmente catalizador en muchas otras áreas de investigación social. Por eso, al paso de los años, y al extenderse el reconocimiento internacional de la calidad intelectual y moral de Stavenhagen, se ha generado una enorme demanda para su participación en actividades académicas y administrativas u organizativas tanto al nivel nacional como internacional. En el ámbito internacional, ha trabajado *en* o colaborado *con* docenas de organismos multilaterales, tanto regionales como de Naciones Unidas (una lista parcial incluiría la OTI, la FAO, la CEPAL, el Alto Comisionado para Refugiados, la Universidad de las Naciones Unidas, y muchos otros), incluyendo de manera sobresaliente su período como Subsecretario de la UNESCO. Por el interés personal que tengo en ello, quiero destacar una de las muchas aportaciones de Stavenhagen a la investigación social que se

lleva a cabo dentro de la ONU, la investigación multidisciplinaria y multinacional que dirigió para el Instituto de Investigaciones sobre el Desarrollo Social de las Naciones Unidas en los años noventa, en donde más de una docena de expertos analizaron el fenómeno del conflicto interétnico en situaciones sociales tan aparentemente disímolas como las de Líbano, Guayana, Kurdistán, Burundi, Guatemala y Malasia. El libro resumen, que escribió Rodolfo con el título *Conflictos étnicos y estado nacional*, se convirtió rápidamente en lectura obligada para cursos universitarios en muchas regiones del mundo.

Este estudio, como muchos otros proyectos emprendidos por Stavenhagen, refleja un hondo compromiso social. Para él, la actividad académica conlleva no solamente la responsabilidad de esclarecer la realidad: implica también la responsabilidad de emplear el conocimiento de tal



manera que se mejore la realidad. Como primer paso hacia ese fin, Stavenhagen nos ha advertido, en un artículo clásico de los años setenta—“Cómo descolonizar las ciencias sociales”—, que después de estudiar con cuidado el tema que nos interesa, tenemos la obligación de devolver el conocimiento adquirido a las personas y grupos que más lo pueden utilizar—quienes incluyen, por supuesto, los mismos sujetos de nuestro análisis.

Además podemos poner la información que recabamos al servicio de activistas y otros grupos cívicos. No sorprende entonces que a lo largo de su carrera Stavenhagen haya colaborado con docenas, si no cientos, de organismos cívicos tanto nacionales como internacionales, fomentando el diálogo bien informado sobre la resolución de conflictos, la reforma de sistemas de justicia discriminatorios, la defensa de prisioneros injustamente encarcelados, la modificación de políticas públicas que hayan ahondado la brecha entre ricos y pobres en el campo y en la ciudad. Muchos de estos temas se enmarcan en discusiones más amplias sobre

la violación o protección de los derechos humanos universales; y el esfuerzo que ha hecho Rodolfo en este campo, incluyendo el papel central que tuvo en la fundación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, y en la protección legal de los grupos indígenas, se distingue como un elemento fundamental en la construcción de la ciudadanía moderna en México.

Llegamos así al final de este recuento, al tema del legado institucional de Rodolfo Stavenhagen. Y celebramos el aniversario de una de sus creaciones más significativas, el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. En los cuarenta años que han transcurrido entre su fundación y nuestros días, mucho ha cambiado—para bien y para mal—en el entorno académico y en la sociedad mundial, haciendo más importante que nunca el análisis honesto y comprometido de la condición humana a principios del siglo XXI. Afortunadamente, tenemos el privilegio de contar con un brillante ejemplo que seguir, el de Rodolfo Stavenhagen. 

Rodolfo Stavenhagen en la UNAM

El objeto de este trabajo es rendir un homenaje a Rodolfo Stavenhagen (1932), por su trayectoria sobresaliente en las ciencias sociales. Son muchas las facetas desde las que se podría analizar su obra y su desempeño académicos. Los que participamos en esta celebración hemos convenido trazar, de manera cronológica, la trayectoria de Stavenhagen. Es un modo de entender su desarrollo intelectual y profesional y, a la vez, dar a conocer a las nuevas generaciones algunas de sus facetas, como profesor, investigador, funcionario y defensor de los derechos humanos.

El objetivo de estas líneas es narrar el paso de Stavenhagen como profesor en la UNAM, esto es antes de su llegada a El Colegio de México, en 1965. Específicamente me referiré al año de 1959, cuando coordinó un seminario de lecturas impartido en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. Sólo duró el primer semestre de ese año al que tuve a bien asistir. Coursaba el primer año de la carrera de sociología en esa Escuela, que no Facultad todavía, de la Universidad Nacional Autónoma de México. La Escuela tenía apenas ocho años de fundada: fue abierta en 1951. Por primera vez la sociología tuvo un

espacio propio, en un lugar privilegiado: la flamante Ciudad Universitaria, inaugurada apenas siete años antes, en 1952.

Para empezar, permítaseme decir que la sociología dejó de ser una disciplina errante. Algunas veces era recibida, como huésped, en la Facultad de Derecho (dicho sea de paso, en 1941 el ilustre José Medina Echavarría impartió un curso magistral de teoría sociológica en sus aulas, a las siete de la mañana), otras veces deambulaba en Filosofía y Letras y también en la Escuela Nacional de Antropología. Era una disciplina, que hasta 1951, no disponía de su propio espacio físico ni institucional.

A partir de 1957, la dirección de la Escuela estuvo por primera vez en manos de un sociólogo: Pablo González Casanova. Sucedió al abogado Raúl Carrancá. Aunque González Casanova se formó originalmente en antropología e historia, muy joven decidió emprender sus estudios de doctorado en Francia, de donde regresó al principio de la década de los cincuenta. Fue el primer posgraduado mexicano en sociología.²

¹ Centro de Estudios sociológicos, El Colegio de México.

² Reyna, José Luis (2005), "An overview of the institutionalization process of social sciences in México", *Social Science Information*, Sage Publications, vol. 4, nos. 2-3 jun/sept 2005, pp. 411-473.



El plan de estudios del Maestro González Casanova era innovador; descansaba en dos ejes centrales: hacer investigación empírica y formar estudiantes de alto nivel. En esa época hacer investigación social con base en principios teóricos y metodológicos era inusual, al menos dentro del campo de las ciencias sociales.

Por razones diversas, el único turno para estudiar en la Escuela era el vespertino. Las primeras generaciones de la Escuela estaban compuestas de estudiantes no recién egresados de la preparatoria, como sí lo fuimos la mayoría de los que cursamos una licenciatura en la Escuela a partir de 1958-1959. Los primeros alumnos trabajaban en la mañana y estudiaban la licenciatura por la tarde. En la Escuela, además de la licenciatura en sociología, se impartían las de ciencia política y administración, la de diplomacia (hoy relaciones internacionales) y la de periodismo (hoy ciencias de la comunicación).

El director González Casanova invitó a Rodolfo Stavenhagen a impartir un seminario, de carácter voluntario, informal y experimental, a partir de

marzo del mencionado 59. Nos inscribimos cinco estudiantes. Todavía en ese tiempo, el año escolar no se dividía en semestres. Empezaba en marzo y terminaba en diciembre. Pues bien, el seminario impartido para esos pocos estudiantes, que en 1958 habíamos concluido los estudios preparatorios, tuvo como base de discusión tres textos que, debo confesar, en ocasiones no entendía y, confieso otra vez, sigo sin entender: *El capital* de Carlos Marx era uno. Por cierto, muy al principio de 1959 se publicó la segunda edición aumentada y corregida de este libro, traducido por Wenceslao Roces y publicado por el Fondo de Cultura Económica originalmente en 1946.³ Esa segunda edición fue la que tuvimos en nuestras manos. El otro libro fue *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset⁴ y el tercero *El príncipe* de Maquiavelo.⁵

³ Marx, Carlos (1959), *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica (2a. edición).

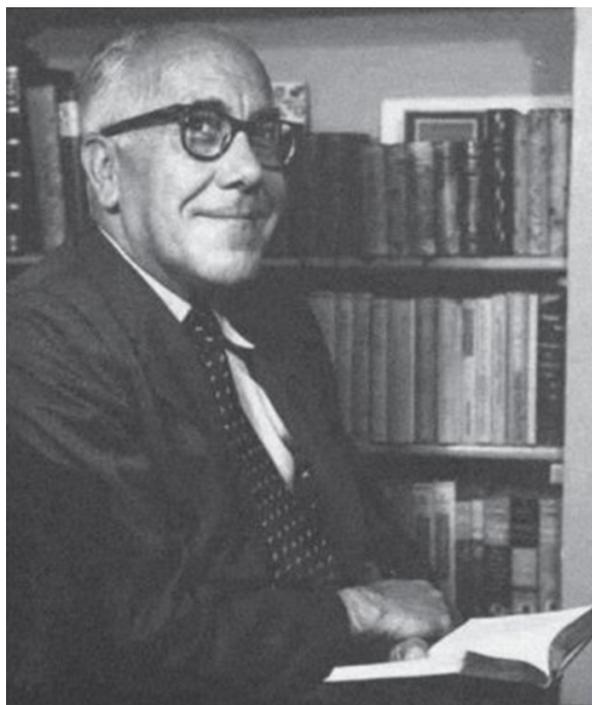
⁴ Ortega y Gasset, José (1933), *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente.

⁵ Maquiavelo, Nicolás (1957), *El príncipe* (comentado por Cristina de Suecia y Napoleón Bonaparte), México, Editorial Continental.

Esa selección de textos fue la base de la discusión que tuvimos los participantes de ese seminario con el profesor Stavenhagen. Con el paso del tiempo, esas reuniones se convirtieron en un elemento que contribuyó, de manera significativa, en nuestra formación profesional. Así lo sentí siempre. El seminario se impartía entre 11 de la mañana y la una y media de la tarde, dos veces a la semana, creo que los martes y los jueves. La tarea era leer una parte del libro asignado por el profesor Stavenhagen y discutirlo con él, sin formalismos pero con el compromiso de opinar algo sobre lo leído. Su guía fue invaluable para empezar a comprender textos que, para estudiantes de 17 años, no eran de fácil lectura.

El seminario duró cuatro meses pues Stavenhagen, en agosto de ese año, decidió irse a París con el fin de obtener su doctorado. Debo confesar que, con el paso del tiempo, empecé a tomar conciencia de lo que ese seminario significó. Recuerdo que no pudimos ir más allá del capítulo uno de *El capital* y recuerdo que, pese al esfuerzo por entenderlo, no conseguí (mis compañeros tampoco) el éxito deseado. No fue el caso de Ortega y Gasset, una lectura menos ardua en comparación con la anterior: le auguraba al siglo XX ser (como lo hizo Max Weber también) el siglo de las masas, y algo se me pegó de Maquiavelo, no sus prácticas, pero sí algunos de los principios en los que esta obra fundamental descansa: ni más ni menos el primer tratado moderno de teoría política.

1959 fue un año que se vivió intensamente en México, sobre todo en una Escuela como la de Ciencias Políticas y Sociales. La Revolución Cubana había triunfado. Fue un acontecimiento que irrumpió en el escenario mundial: la primera revolución socialista en América Latina, en pleno siglo XX. Fidel Castro entró en La Habana envuelto no sólo en la victoria, sino en la ideología marxista-leninista, después de haber derrotado al dictador Fulgencio Batista y tras varios años de lucha. Las epopeyas de la Sierra Maestra. Era el 1° de enero.



Jose Medina Echavarría

Un prestigiado profesor estadounidense de la Universidad de Columbia, Charles Wright Mills, empezó a escribir, casi de inmediato, un libro que impactó a todos los que lo leímos por su sencillez y su problemática: *Listen Yankee*, publicado en 1959 y traducido al español como *Escucha, Yankee* publicado al año siguiente por el Fondo de Cultura Económica.⁶ González Casanova lo invitó ese año a dar conferencias sobre el tema que eran atendidas por decenas: profesores, alumnos y administrativos. Fue uno de los primeros libros que se escribió sobre esa hazaña revolucionaria. En unos meses se convirtió en un libro de lectura obligada.

Los profesores de la tarde (González Pedrero, Flores Olea, González Casanova, Guillermo Garcés, Francisco López Cámara, entre otros) subrayaban la importancia de ese acontecimiento, lo que nos impregnaba, por una parte, de un sentimiento antiyanqui y a la vez procubano y, por la otra, conformaba un incentivo intelectual

⁶ Mills, C. Wright (1960), *Escucha, Yankee*, México, Fondo de Cultura Económica.



Pablo González Casanova

para entender por qué Marx y Lenin habían sido tan importantes en ese proceso revolucionario.

Por otra parte, 1959 era el primer año de gobierno del presidente López Mateos (1958-1964). En su sexenio se continuó consolidando eso que conocimos como el “desarrollo estabilizador” y cuyos rasgos distintivos eran la estabilidad política y financiera en que se vivía, el incremento real del salario y la casi nula inflación que el país disfrutó. Lo anterior, sin embargo, no justificaba un régimen que, pese a su sofisticación, era de corte autoritario. En ese año de 59, el partido de Estado (PNR, PRM, PRI) cumplía 30 años de fundado. No había competencia política y el sistema de partidos era más bien una caricatura. En marzo, el gobierno priista de López Mateos reprimió y disolvió el movimiento ferrocarrilero, después de más de ocho meses de lucha que concluyó con el encarcelamiento de sus principales líderes: Demetrio Vallejo y Valentín Campa. Ambos purgaron una pena de 11 años en la cárcel de Lecumberri. Por un tiempo,



Wenceslao Roces

de 1960 a 1964, fueron compañeros del muralista David Alfaro Siqueiros, encarcelado también por el delito de disolución social y exonerado en los últimos meses de la administración de López Mateos.

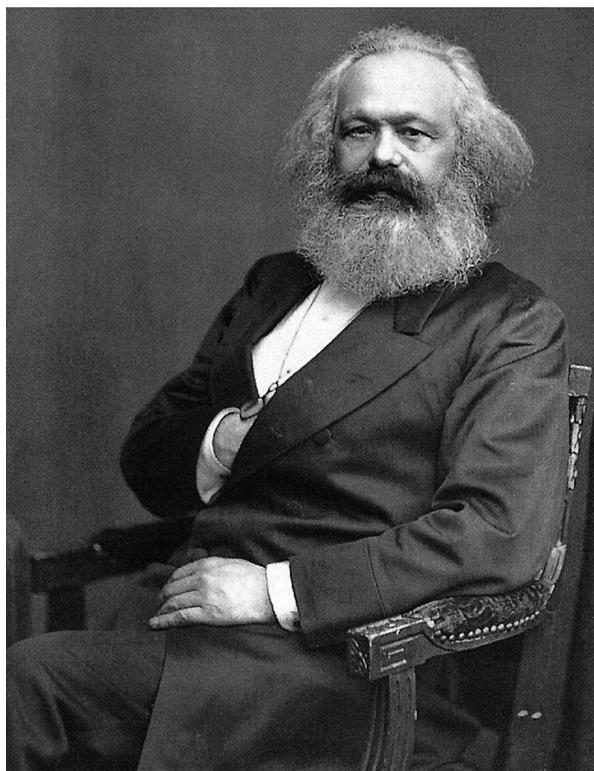
En 1959 se conmemoró el trigésimo aniversario de la autonomía universitaria, algo que también envolvía el ambiente de la época y que también hacía alusión a que el Instituto de Investigaciones Sociales, tal como está estructurado en este momento, cumplía sus primeros veinte años de existencia bajo la dirección del doctor Lucio Mendieta y Núñez a quien, dicho sea de paso, mucho le debe el establecimiento de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas. Por cierto, el Instituto se volvería uno de los lugares de trabajo para muchos egresados de la Escuela. Entraban como becarios de investigación.

Volviendo al seminario de Stavenhagen, hay que subrayar que tenía un objetivo muy preciso que se desprendía de las ideas del director González Casanova: probar que estudiantes recién

egresados del bachillerato podían formar grupos especiales, por decirlo de alguna forma, a los que se les exigiría más que al resto de los estudiantes. Los que conformarían esos grupos tenían que cumplir con un requisito: tener altas calificaciones. Así, con base en el experimento de 1959, nació en 1961 ese proyecto conocido como los “grupos piloto”. Su turno era matutino y su carga y las exigencias de trabajo mayores que el resto de los estudiantes. Dos de los estudiantes de estos grupos piloto, al concluir su licenciatura, ingresaron en El Colegio: Ricardo Cinta y Manuel Villa. De ahí que pueda afirmarse que el seminario de Stavenhagen fue señero para formar profesionales en las ciencias sociales para las Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales de nuestra UNAM y, sin quererlo, con implicaciones directas para nuestra institución, El Colegio de México. Ese seminario demostró que el proyecto de un grupo de alto nivel era viable.

Fuimos afortunados los que estuvimos con Stavenhagen en ese lejano 1959. Pese a su juventud, su experiencia en la investigación estaba probada y sobre todo, como buen antropólogo, siempre en contacto con el dato: la especulación tenía un bajo perfil en su perspectiva. Rodolfo por esa época ya había tenido contacto con la investigación empírica: fue guiado por distinguidos antropólogos: Cámara Barbachano, Ricardo Pozas, Gonzalo Aguirre Beltrán, entre otros, con quienes hizo investigación en la Comisión del Río Balsas y en el Instituto Nacional Indigenista. Su formación teórica, en buena medida, la adquirió en la Universidad de Chicago, con Robert Redfield, quien había hecho trabajo de campo en México y Guatemala. En mi opinión, el trabajo más importante de Redfield fue su estudio del folclor yucateco.⁷ La valía de este libro radica en que desarrolla una de las primeras teorías de la transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Sin duda, este

⁷ Redfield, Robert (1941), *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, The University of Chicago Press.



Carlos Marx

libro fue un detonante para la expansión de los estudios de la modernización, tan de moda en la forma de hacer teoría e investigación en los años cincuenta y sesenta. Para Stavenhagen, el manejo de la teoría y el dato le eran familiares desde los inicios de su carrera profesional. El dato como prueba rigurosa de la teoría.

El seminario de 1959 fue en muchos sentidos un seminario teórico, pero sin dejar de lado alusiones a la realidad. La diversidad teórica de los libros escogidos era una señal inequívoca para aquel que incursionara por el campo de las ciencias sociales: aprendimos que, para explicar un fenómeno social, no hay una sola teoría, que hay otras llamadas teorías alternativas que pueden competir en el reto que impone siempre la explicación rigurosa. En otras palabras, el seminario de Stavenhagen demostró que es necesaria e indispensable la pluralidad teórica y, en consecuencia, el rechazo del reduccionismo, tan dañino en todo quehacer académico. Este punto, creo yo, fue uno de los

aportes nodulares de ese seminario de cuatro meses de duración.

No es fortuito que, al iniciar el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México sus actividades en 1973, con Stavenhagen a la cabeza, y al atender a su primera generación de estudiantes en 1976, el plan de estudios tuviera como eje central precisamente una pluralidad teórica; los clásicos de la ciencias sociales: Marx, Weber y Durkheim. Tres visiones distintas de la realidad, tres formas de concebir la explicación de los fenómenos sociales. Esa pluralidad se reforzó con una fuerte base metodológica.

En otras palabras, la intención del plan de estudios de la Escuela de González Casanova era equipar a los estudiantes con herramientas teóricas diversas para enfrentar sus problemas

de investigación. Lo mismo sucedía con la parte metodológica, que podía circular de lo cualitativo a lo cuantitativo. Estudiantes de alto nivel: en este sentido, la aportación de Rodolfo Stavenhagen fue esencial, y lo sigue siendo hasta el día de hoy.

Concluyo: la trayectoria y el quehacer de Rodolfo Stavenhagen han sido decisivos para impulsar y construir una ciencia social mexicana. Aprovecho para hacer público mi reconocimiento de que una de las bases de la formación profesional de muchos, y por supuesto la mía, se explica por su sagacidad, por su empeño y por su dedicación al trabajo en las instituciones de educación superior por donde él ha estado. Vaya con estas palabras mi reconocimiento al profesor Stavenhagen. 



Revolución Cubana

Dos miradas gélidas

Rodolfo Stavenhagen ha sido un protagonista de la transformación mexicana que ha influido en numerosas vidas. A principios de los años ochenta él ocupaba el cargo de secretario General Académico de El Colegio de México; yo era un joven investigador que ya estudiaba temas incómodos para algunos sectores. Un día, mientras compartíamos quesadillas en el Ajusco, lo transformé en confesor cautivo y le confié mis dudas sobre la conveniencia de permanecer en El Colegio dadas mis inclinaciones por el estudio y la acción de temas tan delicados como los derechos humanos.

Me escuchó con enorme atención y luego me dio una cátedra sobre el intelectual público y el arte de combinar el rigor académico con el compromiso. Me narró momentos de su experiencia y me recomendó seguir en El Colegio. Tenía razón. Con los años fui resolviendo algunas asperezas y en esta institución excepcional he hecho toda mi carrera académica.

Al poco tiempo confirmé que Rodolfo es un modelo de intelectual público. En 1983 impulsó, junto con Mariclaire Acosta, la Academia Mexicana de Derechos Humanos, una institución que tuvo un papel clave en la transformación de nuestro país.

¹ Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.

Por aquellos años se hablaba poco de los derechos humanos y, aun cuando ya había organismos que defendían a las víctimas, el concepto era manipulado por el gobierno, que lo utilizaba como florero porque lo sacaba y quitaba a su conveniencia.

La Academia tuvo éxito en colocar el concepto en el discurso público de México y eso ha modificado para siempre la cultura política mexicana. Una primera razón fue haberse concentrado en el combate de las causas, lo que facilitó la confluencia de los diversos. En la Academia coincidieron académicos inquietos, funcionarios progresistas y activistas comprometidos.

Sólo alguien como Rodolfo Stavenhagen pudo mantener en la misma sala a Sergio Méndez Arceo, Jorge Carpizo, Lourdes Arizpe, Héctor Fix Zamudio, Rosario Green y Héctor Cuadra, entre muchos otros. La Academia pudo haberse convertido en una tertulia de amigos respetuosos de los buenos modales, pero Rodolfo nunca olvidó que presidía un organismo defensor de derechos humanos. Escojo dos episodios que revelan su temple.

El fraude de 1988 polarizó a México. Cuando Carlos Salinas de Gortari ya era presidente electo invitó a una reunión a la mesa directiva de la Academia. Imposible negarse porque



una parte de sus miembros eran funcionarios. Como estaba entre los requeridos, le anticipé a Rodolfo que, si iba a la reunión con Salinas, hablaría del fraude electoral porque, después de todo, los derechos políticos también son derechos humanos. En lugar de sugerirme que fuera cuidadoso porque el tema incomodaba mucho al presidente electo, me dijo que le parecía un tema pertinente. Llegado el día, hice el señalamiento, Salinas me respondió con una frase hecha (“gracias, lo tomaré en cuenta”), mientras me lanzaba una mirada gélida y volteaba su cara hacia otro integrante de la Academia. Después del evento Rodolfo sólo me dijo: “bien hecho.”

Semanas después (viernes 2 de diciembre de 1988) fuimos convocados a una comida con Fidel Castro en la residencia del embajador de Cuba. Si recordamos, Castro había asistido a la toma de posesión de Salinas y con ese gesto legitimaba su victoria. Nos advirtieron que sería una reunión pequeña para que pudiéramos intercambiar ideas.

Nos encontramos con un evento multitudinario que impedía cualquier diálogo; nos sumamos al público que observaba un interminable monólogo del legendario Fidel sobre su estancia en México en los años cincuenta. En el momento de las despedidas Rodolfo lanzó una pregunta incómodísima: “Comandante, ¿y qué nos dice sobre los presos políticos en Cuba?” Al mandatario se le endureció el semblante —como a Salinas— y realizó tres acciones simultáneas: empezó a girar para darnos la espalda, pronunció una frase (“en Cuba no hay presos políticos”) y le dirigió una mirada gélida al presidente de la Academia Mexicana de Derechos Humanos. Cuando nos despedíamos le dije: “bien hecho, Rodolfo.”

Rodolfo Stavenhagen es un intelectual público de primer nivel y un hombre valiente que ha respetado la dignidad de los otros sin claudicar en su compromiso con los débiles. También es un ser humano extraordinariamente cálido y decente. México, El Colegio de México y quienes lo queremos y respetamos, tenemos mucho por qué honrarlo y agradecerle. 

Apuntes sobre la creación del CES y sus primeros años

Rodolfo Stavehagen regresa a México en 1965, después de haber terminado su doctorado en Sociología en la Universidad de París y de haber trabajado en el Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales en Río de Janeiro durante tres años.

Poco después es invitado por Víctor Urquidi, entonces director de Investigación del Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED) de El Colegio de México para formar un grupo de investigación sobre “Las consecuencias sociales del desarrollo económico”. En aquellos tiempos El Colegio estaba en la colonia Roma, en la calle de Guanajuato. Elia Aguilar, quien sigue con nosotros, era su secretaria y sigue siéndolo.

Unos meses después, yo soy invitado por Stavenhagen para colaborar en su proyecto sobre “La burguesía agraria”. Una de las primeras tareas por desarrollar, dadas las grandes diferencias que presentaba dicha burguesía en las diversas partes del país, era la de revisar las regionalizaciones existentes para ubicar los lugares en los cuales se desarrollaría la investigación, tarea de la que me tocó hacerme

cargo. Creo que el proyecto en sí no prosperó mayormente, por diversas circunstancias, pero de ahí salió cuando menos un libro, intitulado *Las regiones de México y sus niveles de desarrollo socioeconómico*, así como varios artículos.

Entre 1966 y 1968 se incorporaron al CEED como integrantes del equipo varios colegas, entre ellos, a riesgo de olvidar a algunos o de equivocarme en las fechas, Ricardo Cinta, Manuel Villa, Rafael Santín y Roberto Salazar, quienes trabajaron con Rodolfo en otros temas vinculados con las consecuencias sociales del desarrollo económico, como la urbanización y la redistribución del poder.

Después de terminar mis estudios de doctorado, me reincorporo al grupo en 1969. Ese mismo año Stavenhagen solicitó una licencia de El Colegio para ocupar un cargo que le habían ofrecido en la OIT en Ginebra. Por esas fechas se incorpora también al grupo Orlandina de Oliveira, recién egresada de la Flacso, que tenía su sede en Santiago de Chile. José Luis Reyna, egresado también de la Flacso y colaborador de Fernando Enrique Cardoso en la CEPAL, se incorpora al grupo en 1971.

Para entonces el grupo de sociólogos y antropólogos del CEED tenía un peso conside-

¹ Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



OIT, Ginebra

nable en la producción académica de dicho Centro, lo que puede constatar al consultar los primeros números de la revista *Demografía y Economía*, en la que aparecen varios artículos del grupo de sociólogos y antropólogos del mismo.

Cuando regresa Stavenhagen de la OIT en 1971, comienza a impulsar la idea de crear un centro de Ciencias Sociales que le diera cobijo a la investigación sociológica y antropológica y formara investigadores en dichos campos. A Urquidí, quien era ya para entonces el Presidente de El Colegio, le pareció procedente la idea y le pidió a Stavenhagen que hiciera las consultas necesarias y elaborara la propuesta correspondiente.

Recuerdo que a Rodolfo le dolía un tanto la idea de separar la sociología y la antropología de la demografía y la economía, ya que siempre ha abogado por la integración de las ciencias sociales, pero ya para entonces era claro que la especialización demandaba especificidades teóricas y metodológicas, así como atención a

ciertas problemáticas específicas que no eran cubiertas por otras disciplinas en El Colegio.

1971-72 fueron años de intensas y acaloradas discusiones sobre la posible naturaleza de un Centro de Ciencias Sociales y, en particular, sobre el programa docente que debía impulsarse. ¿Debía ser maestría o doctorado? ¿Con un programa centrado en la investigación o con énfasis en la formación teórica y metodológica?

Hubo opiniones muy divergentes entre nosotros, algunas de las cuales tenían como sustrato el que el único que ostentaba el título de doctor era Rodolfo (otros teníamos la maestría o éramos candidatos al doctorado, pero no éramos doctores). ¿Cómo abrir un doctorado en esas condiciones?

Rodolfo, con la amabilidad, la paciencia, la apertura y la inteligencia que lo caracterizan, nos fue convenciendo. “Lo que hay que hacer es formar investigadores, y éstos no se forman tomando cursos en una maestría que, si acaso, formaría profesores y quizá técnicos.” “Ustedes serán doctores próximamente...”, etc. No nos

convenció a todos, pero sí a la mayoría. Tendríamos un programa de doctorado, con opción a la maestría para quienes no dieran el ancho para un doctorado o para quienes, por otras razones, no pudieran continuar en el programa. El requisito de ingreso era en ese entonces contar con una licenciatura terminada.

Después de presentar la propuesta correspondiente y de su análisis y aprobación por la Junta de Gobierno de El Colegio, se crea, a principios de 1973, el Centro de Estudios Sociológicos, con un programa de doctorado en ciencias sociales. Y subrayo esto último, ya que la idea era que dicho doctorado pudiera dar lugar a diversas especialidades.

(Rodolfo trató de impulsar después, cuando fue coordinador general académico de El Colegio, la unificación de los estudios de posgrado en las diversas ciencias sociales que se impartían en El Colegio, bajo un esquema de “ciencias sociales con especialidad en... (demografía, economía, sociología, ciencia política, etc.)”, proyecto que no prosperó, dada la oposición de varios de los centros.)

Para el Programa de Doctorado se definieron también una decena de áreas prioritarias de investigación, poniendo énfasis en algunos de los problemas sociales vigentes en la región latinoamericana.

En esos primeros años del CES (1973-1976) se incorporan otros investigadores, entre los que se cuentan –a riesgo de equivocarme en las fechas y de no recordarlos a todos–, Silvia Gómez-Tagle y Lourdes Arizpe (antropólogas), Vania Salles, Viviane Brachet, Marielle Pepin-Lehalleur, Sergio Alcántara, Rosa María Rubalcava, así como algunos investigadores provenientes de países del Cono Sur, asolados por dictaduras militares que intentaron abortar los centros de investigación y de docencia en ciencias sociales: Francisco Zapata y Hugo Zemelman de Chile, Nelson Minello de Uruguay y poco después Jorge Padua, de Argentina. Desde entonces ingresa también al CES como secretaria Guadalupe Luna, quien sigue con nosotros.



Rodolfo Stavenhagen fue el primer director del CES, entre 1973 y 1976, año en que fue llamado a desempeñar otros cargos, entre ellos la Dirección General de Culturas Populares de la SEP y, posteriormente, la Dirección del Área de Ciencias Sociales de la UNESCO en París. En esos años la Coordinación Académica estuvo a cargo de Ricardo Cinta y después de un servidor.

La primera generación de estudiantes ingresó en septiembre de 1973. Entre ellos recuerdo a Jorge Aguilar, Mónica Gambрил, Víctor Bravo Ahuja, Héctor Díaz Polanco, Marco Antonio Michel, Américo Saldívar, Rainer Godau y Federico Gama. Veo con gusto que varios de ellos nos acompañan en esta conmemoración.

Durante los primeros años el programa docente del CES era muy flexible: Teoría I, Teoría II, Teoría III; Metodología I, II y III, materias cuyo contenido se definía a partir de un esquema muy general y de acuerdo con las capacidades e intereses de quienes las impartían, al igual que las temáticas de especialización, que eran ofrecidas de acuerdo con los intereses de los investigadores que formaban el Centro.

A Stavenhagen lo sucedió en la dirección José Luis Reyna, quien estuvo a cargo de 1976 a 1981. Por ese entonces se incorpora al CES Fernando Cortés, quien trabajaba en la Flacso-México, y, si no me equivoco, también Jorge Bustamante. En esos años, los resultados de investigación del Centro se volcaron en una decena de libros y en la Serie Cuadernos del CES, que llegaron a sumar más de una treintena.

Reyna dejó la dirección a principios de 1981, cuando fue designado Director de la Flacso-México. Yo terminé su periodo y continué en la dirección hasta enero de 1988. En 1983 apareció el primer número de la revista *Estudios Sociológicos*, que cuenta en la actualidad con 90 números ininterrumpidos, y en 1984 se reformó el programa de doctorado, con la intención de equilibrar el peso que se daba a las materias formativas y a la investi-

gación y definir la secuencia y el contenido de las materias. A partir de entonces, el requisito para ingresar al programa es contar con una maestría en alguna de las ciencias sociales o humanas.

Rodolfo se reincorporó al CES en 1982, sin dejar nunca de dar clase, dirigir tesis y orientar discretamente la marcha del Centro, a pesar de sus actividades y compromisos, varios de ellos internacionales, relacionados con la defensa de las minorías étnicas y los derechos humanos, cuestiones que han merecido su atención y acción en las últimas décadas.

Creo no equivocarme al afirmar que todos los integrantes del CES reconocemos a Rodolfo Stavenhagen no sólo como el fundador, sino también como el inspirador y el alma del Centro de Estudios Sociológicos durante estos cuarenta años. 



Víctor L. Urquidi

México al descubierto: seis décadas de sociología²

La sociología en México, como en otros países latinoamericanos, había nacido como una preocupación filosófico-teórica de algunos juristas e historiadores. Así nació como disciplina adyacente a la Facultad de Derecho, antes de encontrar sus espacios propios en la UNAM primero en el área de investigación y luego en el campo docente en la década de los cincuenta. La influencia doctrinaria de algunos escritores alemanes, franceses y españoles se hizo sentir en los planes de estudio de la Escuela (después Facultad) Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, en los que influyó el entonces ampliamente admirado modelo universitario de la Universidad de Lovaina. La sociología empírica de corte angloamericano apenas estaba brotando entre algunos maestros e investigadores jóvenes en México. Lo que nos faltaba de sociología empírica lo encontrábamos en los estudios de antropología, ya establecidos entonces en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la que aportaba su metodología de campo y su orientación hacia el conocimiento de la

realidad nacional. En El Colegio de México, en los años cuarenta el sociólogo español refugiado del fascismo, José Medina Echavarría, había formado un Centro de Estudios Sociales, pero cuando viajó a otras latitudes este incipiente esfuerzo no fue continuado. Con el equipo que ahora, unos veinte años más tarde, se reunía en El Colegio, volvió a abrirse la posibilidad de un espacio propio para la sociología en la institución. Este espacio se consolidó con la creación del Centro de Estudios Sociológicos en 1973.

El enfoque “desarrollista” permeaba las ciencias sociales. Las interpretaciones macroteóricas quedaron atrás (¿Por qué los países latinoamericanos no se desarrollaban como los países angloamericanos? Respuesta: Porque aquellos son de cultura católica y estos de cultura protestante... Weber, Tawney). Ahora se trataba de aislar aquellos elementos cruciales para que las economías de los países atrasados pudieran despegar. (¿En qué fase del crecimiento nos encontrábamos? ¿Cuáles elementos teníamos y cuáles nos faltaban? ¿Cómo se entrelazaban el capital, la tecnología, la educación? ¿Cómo estimular el ahorro y limitar el consumo suntuario? ¿Cuál era el papel del Estado, el de los empresarios, el de los trabajadores sindicalizados? ¿Cómo mantener el equilibrio entre el ahorro y la inversión? ¿Qué relación tenían, o debían man-

¹ Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

² Extracto –por el autor– del artículo publicado en *Estudios Sociológicos*, vol. XXX, número extraordinario, 2012.



Universidad de Lovaina, Biblioteca

tener, la agricultura con la industria? ¿Qué era mejor: fortalecer el mercado interno o exportar para crecer? Etc., etc. Poco a poco los científicos sociales se dieron cuenta que los procesos económicos no eran solamente “económicos” sino que traían colitas sociales... y también culturales y políticas.

Había, pues, que estudiar los “aspectos sociales” del desarrollo, y a eso comenzó a avocarse toda una generación de investigadores, entre ellos los que integrábamos el CES.

Se puso de moda la sociología del desarrollo, disciplina novísima vinculada a los cambios que produjo la segunda posguerra mundial, con especial énfasis en los países “menos” o *subdesarrollados*. Cambiaron los planes de estudio y las prioridades de investigación. Se descubrieron los actores sociales y perdió su atractivo el estudio de las estructuras. Fueron descubiertas las redes sociales y perdió su encanto el análisis de las normas y el funcionamiento de las instituciones. Apareció el paradigma de la modernización que impulsó durante varias décadas una gran

cantidad de estudios empíricos en el campo y en las ciudades y generó no pocos teoremas que debían ser probados con metodologías cuantitativas adecuadas y validadas estadísticamente.

Las investigaciones ya no se limitaron a indagar sobre los aspectos sociales de tal o cual fenómeno económico, cuando se descubría que en realidad los fenómenos económicos eran o bien producto de fenómenos sociales anteriores o podían ser analizados o entendidos mejor como parte de fenómenos sociales diversos. Comenzaron a proliferar los estudios inter o multidisciplinarios para descubrir los vínculos entre hechos tradicionalmente calificados sólo desde la perspectiva de una sola disciplina. En América Latina comenzaron los estudios comparativos internacionales auspiciados por instituciones como Flasco y Claso y también por universidades extranjeras. El Colegio de México participó en algunos de ellos, como por ejemplo sobre el comportamiento y los valores de los empresarios, los estudiantes, los campesinos, los obreros industriales.

Mientras más se estudiaba, más complejo se hizo el paradigma de la modernización. La sociología se fue adentrando en campos nuevos que surgían de la observación de realidades multivariadas y cambiantes. Durante algunos años el enfoque de la dependencia, promovido por Cardoso y Faletto, tomó por asalto los bastiones de la investigación sociológica. Esta dejó atrás la tarea analítica y se redefinió como reflexiva. Nuevos mundos emergieron a la observación de los estudiosos. La marginalidad urbana, descubierta en los sesenta, se transformó en campo de estudio sobre la economía informal que aún sigue siendo foco de atención, fundamentalmente porque las perspectivas teóricas con las que se venía trabajando desde tiempos atrás no la habían logrado incorporar. El término marxista de “lumpenproletariado” que aparecía aquí y allá fue desechado por irrelevante a las condiciones mexicanas y latinoamericanas. La antropología aportó el estudio de las redes sociales al conocimiento de la informalidad, vinculándolo a un prometedor concepto: el de las estrategias de sobrevivencia. En estas redes y estrategias fue descubierto también el papel fundamental de las mujeres, categoría social largamente ignorada por la sociología académica hasta que los movimientos feministas y por los derechos humanos de género la pusieron sobre la mesa. En El Colegio de México se fundó el Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer (PIEM), pero enfrentó durante años resistencias institucionales debido a los viejos prejuicios machistas que aún existían en la organización de las actividades académicas. Tenían que pasar dos conferencias mundiales sobre los derechos de las mujeres y la adopción de un convenio internacional sobre el mismo tema en la ONU para que estos estudios recibieran la atención académica que merecían desde un principio.

En los procesos de urbanización que vivía el país intervenían factores económicos, geográficos, demográficos, sociológicos, políticos, culturales y otros, los que finalmente fueron re-



cogidos en una estructura académica apropiada en El Colegio, al mismo tiempo que la sociología reclamaba su propio espacio institucional, el cual obtuvo en 1973 con la formación del Centro de Estudios Sociológicos. En esta re-visión de las realidades nacionales no podía faltar el reconocimiento de la importancia de los fenómenos migratorios, tema que comenzó a interesar de manera creciente a la investigación en ciencias sociales en las diversas instituciones nacionales y extranjeras. Muy pronto el interés principal viró de las migraciones rural-urbanas internas a la migración internacional, es decir, principalmente la emigración de los mexicanos a Estados Unidos, lo que condujo también a la disciplina de las relaciones internacionales a interesarse por el tema.

La gente comenzó a preguntarse, ¿hacia dónde va México? No sólo con respecto al flujo de los migrantes sino también en términos de los futuros posibles del país. ¿Todavía funcionaba el esquema del desarrollo estabilizador pregonado desde la década de los cincuenta por los



UNAM, Rectoría

financieros nacionales? Parecía que ya estaba haciendo agua el modelo de la sustitución de importaciones propugnado por la CEPAL. Quienes esperaban que el futuro del país pudiera estar en manos de una burguesía nacionalista emprendedora y dinámica (que ahorraba e invertía productivamente en vez de despilfarrar la riqueza, y que tendría que ser ideológicamente “progresista”) siguen esperando hasta hoy.

Pero para ver hacia delante, era también necesario ver hacia atrás. ¿De dónde llegaban los migrantes? ¿Qué sectores económicos generaban empleos y cuáles producían desempleo? ¿Cuál era en realidad el papel del Estado como rector de la economía nacional? —como decía un presidente de la época. ¿Se podía aún confiar en el Estado autoritario, burocratizado, corporativo, corrupto e incompetente, como guía y generador del crecimiento dinámico, democrático y modernizador (como sostenía el partido en el poder)? Una ojeada hacia atrás implicaba nece-

sariamente detenerse en la situación del campo y reevaluar las políticas agrícolas y agrarias del régimen de la Revolución. Al fin y al cabo, nos decían los historiadores del México moderno y revolucionario, aquella había sido una revolución agraria, aunque después se la tragara completa esa burguesía que creció al amparo del poder, y ese poder generador de aquella burguesía, los “huarachudos” de Zapata, seguían allí cuando no lograban emprender la marcha hacia el otro lado.

La reforma agraria había redistribuido alrededor de 80 millones de hectáreas de tierra (la mayor parte improductiva) a más de tres millones de “beneficiarios”. Pero salvo por algunos manchones de agricultura comercial exitosa, irrigada y mecanizada, la mayoría del campesinado seguía sumida en la pobreza del minifundio y de la parcela ejidal. El ejido, como señalaban los observadores desde los años cuarenta, nunca llegó a ser una fuerza liberadora de los cam-

pesinos pobres sino más bien un aparato más de control político del Estado (Secretaría de la Reforma Agraria, Confederación Nacional Campesina, bancos rurales...). Algunos calificaban la histórica reforma agraria mexicana de rotundo fracaso, otros la tildaban de incompleta, otros más aconsejaban volver a las raíces de un movimiento que había sido traicionado. En todo caso, se decía, el progreso de la agricultura mexicana estaba en el sector comercial de exportación, el de grandes propiedades bien administradas, que con el tiempo se fue consolidando con inversiones y considerables beneficios de empresas transnacionales. Estas operaban libremente al margen de la legislación agraria que existía antes de la reforma al Artículo 27 Constitucional en 1992. El campesinado y el agrarismo mexicano quedaron atrás.

Desde los años sesenta los equipos multidisciplinarios de investigación señalaban las ambigüedades del rumbo que había tomado la política agraria y agrícola. En contraste con las áreas de producción moderna, quedaba rezagado como siempre en la historia aquel campo idealizado en las gestas revolucionarias, los corridos y los libros de texto oficiales. La pobreza rural comenzó a figurar en los proyectos de investigación de campo; de repente la familia campesina ya no era una unidad autónoma de subsistencia en algún rancharío apartado, esperando que el Estado benefactor se ocupara de ella, sino una empresa "mil-usos" como el popular y muy mexicano personaje ad-hoc, integrada de múltiples maneras (migraciones estacionarias, pequeño comercio, trabajo en servicios domésticos o en la construcción,) a los distintos niveles del mercado laboral, de productos y servicios, y formando parte cada vez más de auténticas "comunidades transnacionales" México-USA.

Mucho antes de que se negociara el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, del cual quedó excluido específicamente el mercado laboral), el México campesino ya se encontraba involucrado en esa madeja de relaciones



José Medina Echavarría

bilaterales que caracteriza al país posmoderno, polarizado, pauperizado y postrado de principios del siglo veintiuno: campo propicio para nuevos proyectos de investigaciones, diseño y evaluación de políticas públicas, y ahora con el añadido del creciente activismo social y político de la población y de sus investigadores sociales.

Los últimos estertores del México moderno se dieron, tal vez, a partir de la famosa década perdida de los ochentas que abrieron el camino al infausto y ya enterrado Consenso de Washington. En 1992 fue reformada la Constitución Política en materia agraria (entre otros renglones) dando término y vuelta-en-U a lo que alguna vez fue una reforma agraria, estableciendo mecanismos para la plena privatización de la tierra y de los recursos naturales, abriendo así el camino a la pauperización progresiva de la gente que quedaba en el campo. La tragedia del campo mexicano, que fue pronosticada desde hace un medio siglo, se debe ¿a la presión demográfica?,

¿al deterioro ambiental?, ¿al ejido y la reforma agraria?, ¿a la pereza de los campesinos?, ¿a la falta de educación?, ¿a la falta de tecnología?, ¿a la insuficiente ayuda del gobierno?, ¿a la sequía?, ¿a la falta de previsión?, ¿a la corrupción de los líderes?, ¿a la incompetencia de los técnicos?, ¿a la incapacidad de los burócratas?, ¿a la avaricia de los intermediarios?, ¿a la falta de infraestructura?, ¿a las imperfecciones del mercado?, ¿al imperialismo?, ¿al desinterés de los gobernantes?, ¿a las equivocaciones de los antropólogos?, ¿a la ignorancia de los campesinos?, ¿a la falta de planeación?, ¿a la insuficiente integración a la economía norteamericana?, ¿a la integración a la economía norteamericana? Tal vez, a todo ello en conjunto...

La nueva economía agrícola, surgida de la reforma constitucional y el TLC, ha dado lugar a perspectivas de investigación que enfocan la nueva regionalización del país, vinculada a la agroexportación, a las familias jornaleras migrantes, a la renovada concentración del capital en el sector primario, al control de las empresas productoras de semillas modificadas, pesticidas,

fertilizantes químicos y cadenas productivas que vinculan a los poblados más remotos y pobres del sureste con las grandes empresas multinacionales pasando por los campos irrigados del Bajío y del noroeste.

Recordemos que todavía a mediados del siglo xx se daban encendidas discusiones entre los estudiosos nacionales y extranjeros acerca de la naturaleza de las sociedades campesinas y se polemizaba en torno de los enfoques teóricos más apropiados para captar la esencia del campesinado, la dinámica de los procesos de cambio y el rumbo que tomaba o debería tomar el campo mexicano. Un notorio político mexicano, a la sazón secretario de agricultura, opinaba que enfrentar la pobreza campesina no era asunto de su competencia, que de ello debían ocuparse los gobernantes de las ciudades a las que emigraban los campesinos pobres. Por aquellos años todavía se hablaba de una oligarquía agraria, sólo que ahora no se trataba de los añejos latifundistas sino de la nueva burguesía rural vinculada al comercio, al transporte y a las múltiples transas que las estructuras del Es-





tado corporativo le ofrecía. Si los sociólogos del CES no fuimos muy hábiles para comprender el fenómeno en gestación (aunque sí se propuso un proyecto de investigación sobre el tema), en cambio alguna serie televisiva en años posteriores captó bien las contradicciones internas de las generaciones posrevolucionarias que ya no se paseaban en hermosos alazanes sino en carros deportivos último modelo.

Algunos observadores opinaban que la proletarización del campesino era inevitable (como lo habían previsto Marx y los funcionalistas norteamericanos). Efectivamente, en tal fábrica de hilados u otra pequeña industria podían encontrarse campesinos-obreros. Pero más que nada, se los encontraba como albañiles en las obras que caracterizaron el enorme crecimiento urbano de los cincuenta en adelante. Otros dudaban de la proletarización del campesino como fenómeno social global, y enfocaban su mirada más bien en una creciente campesinización por efecto del minifundismo parcela-

rio y la multiplicación de un estrato social de jornaleros agrícolas estacionarios o migrantes. El fenómeno de la marginalización que se estaba estudiando en las grandes metrópolis de Sudamérica (por ejemplo, en Lima, Bogotá y Río de Janeiro) comenzó también a llamar la atención en México. ¿Campesinización o proletarización? ¿O simplemente modernización como lo pretendía la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy y sus asesores en ciencias sociales? ¿Y en donde quedaría el potencial revolucionario del campesinado, que el gran timonel Mao había despertado en la antigua China y que debía de extenderse por todo el Tercer Mundo? No faltaría quien pronosticara un nuevo levantamiento zapatista, pero tuvimos que esperar hasta fines de siglo para que surgiera —aunque fuera sólo simbólicamente— una reencarnación del Caudillo del Sur, y para entonces ya no se trataba de peones de hacienda explotados sino de indígenas excluidos. Cambio de paradigma, del cual me ocuparé más adelante... 



Theut

Algo sobre libros

«He oído contar que en Naucratis de Egipto vivía uno de los antiguos dioses de allá, aquel cuya ave sagrada es el Ibis, y que el nombre del dios era Theut». Con estas frases comienza el párrafo 275a del Fedro, en el que Sócrates cuenta la leyenda egipcia sobre la escritura: el dios Theut presenta al faraón, entre las variedades de sus inventos (números, cálculo, geometría, juegos), los caracteres de la escritura, que servirían para acrecentar la sabiduría y vigorizar la memoria. Pero el faraón vio el lado inverso del descubrimiento; si todo quedaba fijo en la escritura, predominaría la rememoración, no la memoria, y la apariencia de la sabiduría, no la verdad.

En todo caso, era demasiado tarde para censurar la escritura (siglo cuarto antes de la era común), con la que se había recogido ya, en caracteres acadios, fenicios, egipcios y griegos, lo que fue posible de los hechos del hombre, sin que la sabiduría y la memoria perdieran su espacio. El tiempo y los copistas, especialmente en los años que siguieron al inicio de la era común, se ocuparon de recuperar el conocimiento antiguo y luego (entre los siglos sexto y séptimo) casi dejar que desapareciera, cuando llegó al rescate el renacimiento carolingio. La pesca (literal) de manuscritos, en conventos o donde se hubieran

conservado, se volvió oficio de muchos, rapiña de algunos (para esto es útil *Scribes and Scholars* de Reynolds y Wilson). Quedan también testimonios de lo que fue la “fotocopia” de los estudiantes universitarios del medievo (siglos trece y siguientes), la pecia (fragmento, parte), reproducción de páginas, que los alumnos debían leer.

Con todas sus variantes físicas (barro, papiro, pergamino, papel, tinta), estructurales (tablilla, rollo, códex), formales (autor, título y, en lo posible, lugar y fecha de composición), la función del libro ha cambiado poco en su esencia: transmitir algún tipo de conocimiento (ciencia, arte, filosofía, leyes, cuestiones sociales), crear, innovar, relacionar ideas, discutir y, no menos, recopilar (los doxógrafos griegos – Aesio, Diódoro Sículo, Diógenes Laercio y muchos más– reunieron, entre otros textos, lo que hoy se conoce de los presocráticos y en títulos o menciones de paso bastante de lo que se ha perdido).

Del autor al lector, el libro tenía que pasar por algún tipo de publicación y venta. Hace dos mil quinientos años (un milenio y algo más para el suroriente del Mediterráneo), participaban en el procedimiento el librero y sus escribas, que multiplicaban copias del original, porque la obra prometía buenas ventas. De más está decir que no había derechos de autor; el escritor vendía por el

precio que el librero estaba dispuesto a pagar y se olvidaba de las ganancias que el comprador recibía. Marcial se queja en sus epigramas, con frecuencia y amargura, de ese trato que lo mantenía en la miseria. Con todo, lo conservado en arte y ciencia, escrito antes de la imprenta, se debe a la copia libre, pero selectiva, de lo que interesaba al lector, quien pagaba al amanuense por la copia del ejemplar, práctica que se prolongó hasta bien entrado el siglo diecisiete y continuó, por urgencia o necesidad, hasta el siglo dieciocho, mientras no hubo manera de reproducir con recursos automáticos lo que no estaba a mano, se tratara de impresos o manuscritos.

Puesta en marcha esta industria hacia la segunda mitad del siglo quince, no tardó la iglesia en imponer censura y prohibición, para evitar que se difundieran obras que, según su criterio, eran perniciosas. La práctica se extendió y multiplicó (siglos dieciséis a dieciocho), en especial durante la Reforma y Contrarreforma. Pero prohibir y censurar provocan reacciones en contrario (según la tercera ley de Newton), que abren veredas intelectuales y geográficas para contrarrestarlas, lo que ocurrió entre los impresores holandeses, en Amberes sobre todo, ciudad de impresores sin (o con pocos) prejuicios, eficientes y económicos (hoy Amberes conserva lo mejor de la antigua imprenta).

Lo mismo que en filosofía y religión, hubo mártires del libro. Giordano Bruno sucumbió, por traición, a la inquisición italiana y Etienne Dolet, poeta e impresor, a la francesa de la Sorbona —los sorboníferos y sorbonacos, según calificativos de Rabelais (sobre el tema vale la pena consultar *L'apparition du livre* de L. Febvre- H. J. Martin).

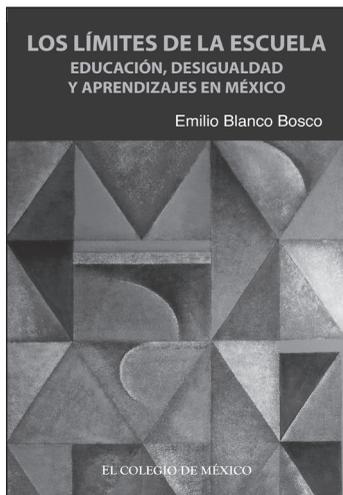
En ese primer siglo de auge, alrededor de la imprenta creció la industria del papel (Arches, francesa, y Guarro, catalana, industrias creadas en la segunda mitad del siglo quince, son aún marcas productivas) y surgieron cofradías: la de los cajistas —que componían las líneas del libro— y los que manejaban las prensas, las de los

correctores de pruebas, en general estudiantes universitarios, que sabían latín, lengua de predominio para textos científicos y especulativos, cuyo destino eran los muchos interesados en toda Europa.

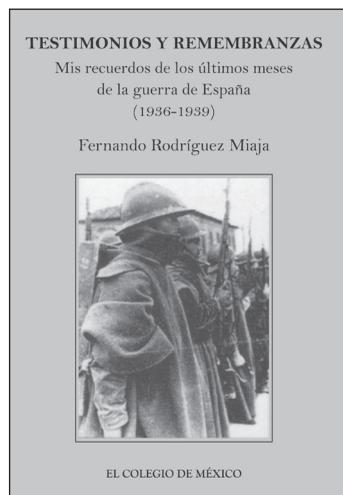
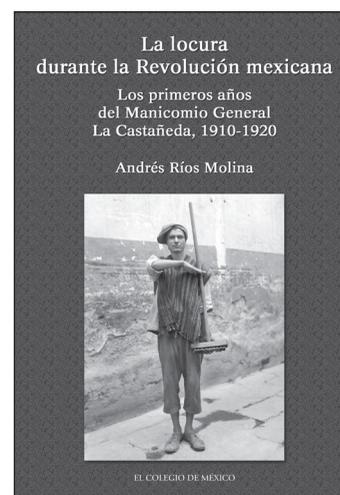
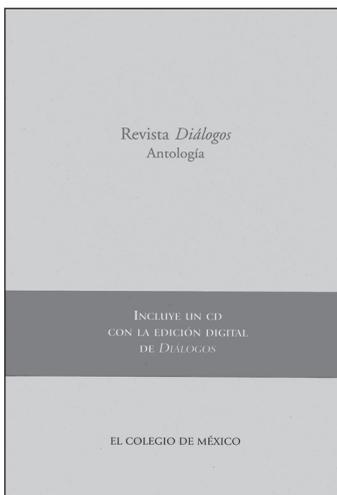
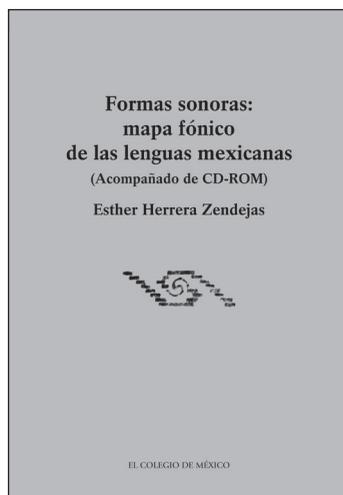
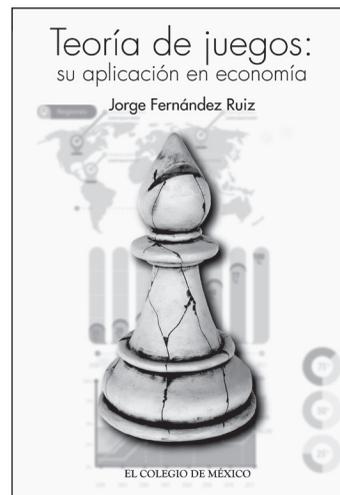
Cambios técnicos (esto y más en A. Millares Carlo, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*), que sustituyeron tipos móviles y prensas manuales por el monotipo primero, el linotipo después, las computadoras ahora y el papel de algodón por el de celulosa, no alteraron mucho el destino del libro, que siguió una ruta señalada por marcas muy parecidas: libertad en ciertos períodos —ilustración y romanticismo, por ejemplo—, censura y prohibición en tiempos de absolutismo. Cuando censurar y prohibir no fueron suficientes, el fuego, solución final, consumió, incluso en el siglo veinte, material calificado como arma peligrosa e indeseable. Es tradición que la gran quema de libros ocurrió, por descuido, en la biblioteca de Alejandría. No todos los que han investigado el asunto aceptan la leyenda, porque no hay datos de contemporáneos (César, Cicerón) que lo confirmen; algunos opinan que la biblioteca se consumió por abandono. Los lectores escasearon y las polillas, más otros insectos aficionados al papiro, se alimentaron con obras que jamás se recuperaron.

Hoy, en especial porque la manufactura del libro es, en lo técnico, menos compleja que hace quinientos años, se comenta mucho sobre la cantidad de libros que saturan librerías y bibliotecas, y con frecuencia se pierden u ocultan ahí porque nadie los consulta (véanse los avatares en Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*). No hay tal o, por lo menos, es necesario matizar. En la proporción debida a las etapas de su historia, siempre hubo más libros de los que un individuo devoto del conocimiento pudiera leer, y todavía vale la frase acuñada por un gramático del siglo segundo: Pro captu lectoris habent sua fata libeli, que traducida con alguna libertad dice, “el destino de los libros está en la opinión de los lectores”. ❧

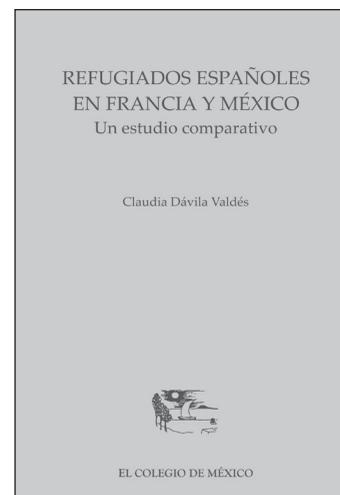
NUEVAS REIMPRESIONES

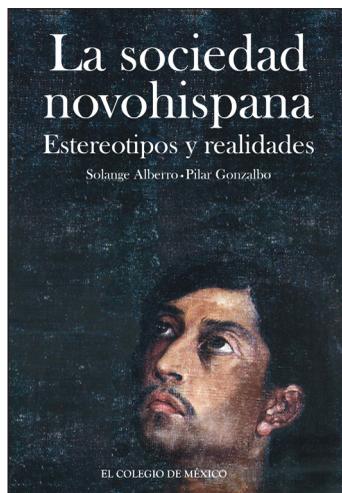
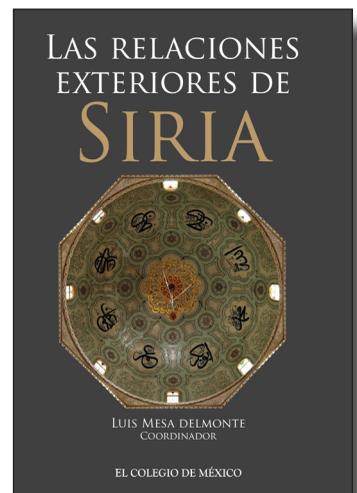
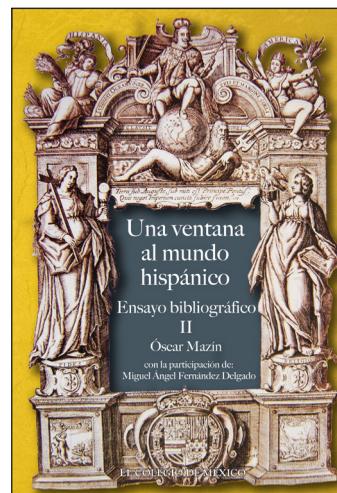
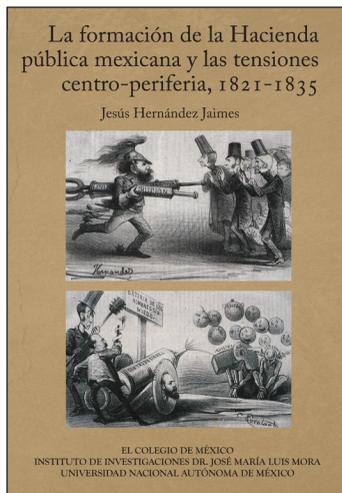
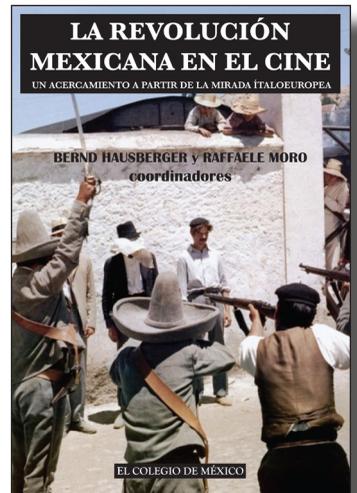
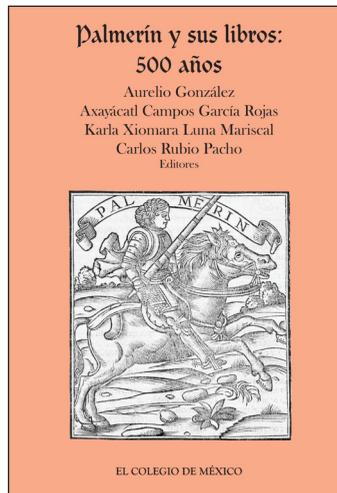
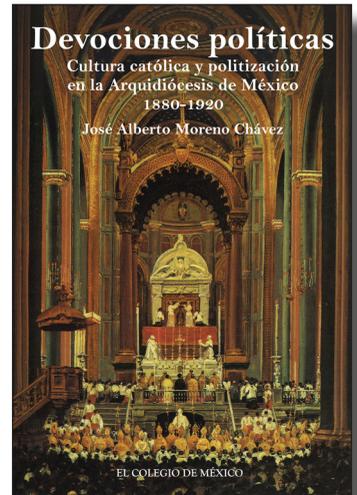
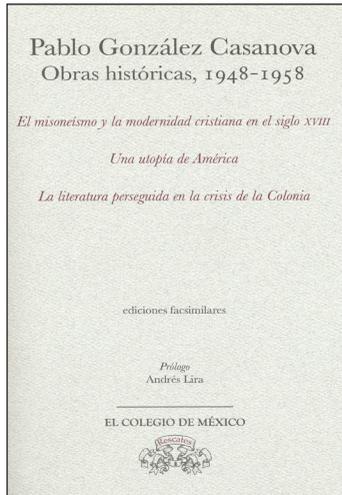


EL COLEGIO DE MÉXICO
Publicaciones



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx





El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx